

Regla tercera.—Observar con insistencia en qué cosas y en qué situaciones ejerce el adolescente verdadero dominio moral sobre sus camaradas y en cuáles otras se deja á su vez dominar por otro ú otros, pues de ahí se saca una importante indicación, por ser natural que lo que proporciona dominio entre iguales grangee preeminencia social.

Regla cuarta.—Observar atentamente qué pasiones manifiesta el adolescente entre sus iguales y cuáles defectos se echan ellos en rostro, y tómese de esto indicación, á fin de ver si contrarían la vocación manifestada ó si son convertibles en poderosos auxiliares de ella á favor de una asidua y discreta dirección.

Regla quinta.—Si se trata de oficios, llevar al adolescente á visitar talleres diversos; si se trata de carreras, facilitarle libros, no de ciencia popular, que es como el uniforme y las paradas del ejército intelectual, sino libros de *severa y técnica ciencia*, con toda su aridez, con todo su fatigoso procedimiento, y tomar indicación de las manifestaciones espontáneas del niño, de su atención, de su interés, de sus preguntas, de sus respuestas, de los problemas ó cuestiones que plantee él mismo sobre las cosas que ha visto ó las páginas que ha leído, y de las soluciones que intentare dar.

Regla sexta.—Cuando declarada una vocación en virtud de una idea del ramo á que corresponde, se nota que la vocación toma el carácter de verdadera pasión, profunda y permanente, se tendrá una poderosa indicación; pues veleidosa, como es la adolescencia, muy fuerte interés y estímulo necesita sentir para fijarse. No obstante, modifíquese el juicio á favor de las reglas undécima y duodécima.

Regla séptima.—Como en carreras y oficios todo se reduce á *pensar y obrar*, se excitará al adolescente á que como por juego *elabore ó escriba* algo á su elección que se relacione con su manifestada ó pretendida aptitud, en la seguridad de que *al través* de sus informes tanteos se dejará ver clara la verdad de sus disposiciones ó de la falta de ellas; será este bosquejo, como quien dice, *una obra en borrador*, pero un *dictamen en limpio acerca de sí mismo*, que era lo que se pretendía averiguar.

Regla octava.—Conviene que á los adolescentes ó no se les *hable* de ninguna profesión ó industria ó se les hable de todas, á fin de que no contraigan viciosamente aficiones efecto de recomendación ajena ó de oídas, por ser mala base para fundar la elección.

Regla novena.—Si la necesidad obliga á que el niño ó adolescente se entregue al trabajo, considérese en todo tiempo la elección como fuerza mayor, es decir, sin perjuicio de ulterior resolución en virtud

de positivas muestras de la natural y espontánea aptitud que más adelante el mozo puede dar.

Regla décima.—Si se tratare de carrera ú oficio que requiera mucha actividad física ó moral y el adolescente no tuviere evidente robustez, consúltese con persona caracterizada para ello.

Regla undécima.—El *rasgo moral* de la verdadera vocación es la pasión; sin ésta no se concibe aquélla; pero como hay vocaciones falsas, así como falsos amores, será piedra de toque para los padres, lo mismo que en asuntos de amor, el intentar la *distracción*. Si á despecho de la variación de impresiones por nuevos artefactos ó por diversas materias de estudio la pasión persiste, será indicio de que la *vocación es natural*, es decir, la voz de la *aptitud* ingénita.

Regla duodécima.—El *rasgo material* de la genuina aptitud es la *facilidad* con que sin auxilio del arte, y sólo por la intuición natural, se procede ó se discurre en el ramo de que se trate; de suerte que la *facilidad*, como expresión legítima de la aptitud real del adolescente, es la *contraprueba* de la *vocación* por él manifestada; pues por más que una *vocación* sea viva y hasta apasionada, si falta la facilidad es prueba de que la *vocación* es falsa, toda vez que no corresponde la *afición* á la *disposición*. Entonces búsquese y se verá que algún móvil externo (persona ó cosa) provocó ilegítima la falsa *vocación*, en cuyo caso la *distracción* por sí sola bastará á disiparla, presentándose en su lugar los *indicios* de la verdadera aptitud.

Resumen de las reglas undécima y duodécima.—Lo positivo de las *aptitudes* no dá la *pasión*, sino la *facilidad* en la perfección de los *resultados*.

Regla décima tercera.—Conviene no confundir la *afición*, efecto de la *actividad general*, con la *vocación legítima*, que es expresión de la *aptitud especial*. La adolescencia es activa, porque la vitalidad le sobra, y muy propensa, por lo tanto, á *aficionarse* á cualquier trabajo, quedando oculta y como ahogada temporalmente la *aptitud especial*.

Y puesto que sobra todo en tempranas edades, *ora la afición engendra la profesión, ora la profesión engendra la afición*, es menester andarse con gran perspicacia para distinguir cuál de estos dos fenómenos morales es el que, en un caso dado, tiene lugar. El procedimiento más seguro consiste en cambiar bruscamente la ocupación. Si el cambio es indiferente, resulta demostrado que lo que experimenta el adolescente es la *general afición al trabajo*; si el cambio concentra el ánimo, produciendo, en mayor ó menor grado, el cuadro de fenómenos característicos de la ausencia en amor, es que el adolescente

trabaja animado por *especial vocación*, producida por su *especial aptitud* (1).

Regla general.—Siempre que sea posible, hacer que preceda á las industrias buena instrucción primaria; y á las profesiones, un curso de filosofía. Lo especial recibe la vida de lo general, como las hojas del árbol la reciben del tronco. Esto es esencial.

Máxima importante.—En todos los estados sociales hay honra y pan á ganar, y vale mil veces más ser buen carpintero que mal Magistrado.

Con esta máxima por guía, las reglas mencionadas por criterio, y á título de complemento la *persuasión* de que *los hijos han de estar donde se debe y no siempre donde se quiere*, y que la manera más garantida de asegurarse la gratitud de los hijos, es que más tarde conozcan que el padre, ó la madre, ha sabido mirar por ellos y no por sí, tiene la paternidad recursos más que suficientes para averiguar en pocos meses, con toda certidumbre y gran reiteración de pruebas y contrapruebas, cuál sea la profesión ó la industria en que cada nuevo ciudadano podrá más natural y fácilmente alcanzar honra y provecho, prestando el mayor servicio posible á la causa de la civilización positiva.

(Los Sucesos, Barcelona 12 y 18 de Setiembre de 1868).

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD COMO BASE DE LA HIGIENE ⁽²⁾

SRA. DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA:

Benemérita señora y amiga de mi mayor estimación y respeto: Siempre me causa gran rigor de ánimo tener que servir á persona que de mi tenga formado mayor concepto del que yo merezco; mas esta vez los rigores se extreman, de un lado, porque el servir á una dama siempre fué para todo español un grave compromiso; de otro

(1) Es posible cambiar la *aptitud* nativa, y adquirir otra ú otras nuevas, con ó sin detrimento de aquélla; mas esto siempre que tiene lugar es efecto de *trabajo interno* del mismo individuo: rarísima vez lo alcanza la dirección de un tercero.

(2) Epístola dirigida á la ilustre iniciadora del Congreso proteccionista de la infancia, celebrado en Cádiz en 1887.

lado, por la carencia en que estoy de conocimiento auténtico acerca de las opiniones vertidas en esa brillante Asamblea por dignos y muy estimables colegas míos, y de otro, en fin, por lo excepcional de mi situación, derivada de lo radicalísimo de mis opiniones médicas; todo lo cual me dificulta el buen acierto, y, dado que acierte, aun entonces, he de verme y desearme, y no alcanzarme, en lo de conciliar la clara exposición de mis peculiares puntos de vista con el laconismo que exige la fugaz naturaleza de esas utilísimas Asambleas de generación espontánea, llamadas Congresos, y que bien pudieran llamarse Concilios de las costumbres y Viveros del derecho público.

No trataré ninguna de las cuestiones materiales que surgen de la *Higiene constituida*: no gusto de llevar leña al bosque. Ilustres colegas míos han desempeñado, mucho mejor que yo hubiese acertado á hacerlo, esta humanitaria tarea. En tal terreno todo lo celebro y suscribo; hágase el mayor bien posible, á todas horas y en todos lugares. Empero séame lícito preguntar: ¿Le es dado á la Higiene humana contemporánea realizar todo el bien que ella anhela cumplir y que hay derecho á reclamarle? Creo que no.

Y con esta precipitada respuesta ya la pluma me deja comprometido. Mi tesis fundamental está formulada; no hay, pues, más remedio que mantenerla y demostrarla, y pues ignoro si esta mi desaliñada contribución á la *Higiene constituyente* resultará oportuna ó agradable á esa ilustre Asamblea, atrévome á diputar á usted misma por curadora del contenido de estas páginas, con facultades omnímodas para comunicarlo al Congreso, ó guardarlo en cartera para más propicia coyuntura ó, en fin, dar con el manuscrito en el cesto del olvido, según en concepto de usted resultare bueno, mediano ó inaceptable lo que en esta misiva tengo el honor de exponerle.

Afortunadamente para mí, es usted artista, además de mujer, y reúne usted, por tanto, las dos condiciones más abonadas para la pronta inteligencia de las cosas. Mujeres y artistas suelen tener prístinas los ojos del alma, y observan y estudian y juzgan los objetos á distancia, íntegros, vivos y movedizos como los da Naturaleza, sin deshacerlos, sin *destornillarlos*, mientras que los hombres de ciencia, miopes de espíritu los más, necesitan para entender algo coger ese algo y remirarlo, y dividirlo y triturarlo en partes de que quizás nunca aquel todo se compuso...; para, una vez deshecho, quedarse sin entenderlo, bien por impotencia de imaginarle rehecho, bien por imposibilidad natural de tornarle á hacer.

Déme Dios, pues, artistas ó mujeres para comunicarles mi pensar, y pues hoy me lo depara todo unido en la conspicua persona de usted,

á dicha tengo encomendarme á tan garantizada curadora de mis imaginaciones, y voy á comenzar mi formal entrega diciendo á usted quién soy como médico, y cuál es, por tal concepto, mi postulado.

Años ha defiendiendo una doctrina que, con ser contraria al actual pensar y obrar del mundo médico, es, sin embargo, la única que ha de prevalecer con el tiempo.—De mi consiguiente soledad voy saliendo más pronto aún de lo que yo esperaba; los libros no pierden ocasión, y el mío va haciendo, con la natural calma, valiosas conquistas en tierra de España, única que, mientras no esté concluido, le permito recorrer.—Ayer mismo tuve la inesperada dicha de recibir dos cuadernos de una obra, la primera original que sobre *Hipnotismo* y *Sugestión* produce la Medicina patria, obra que, de fijo, traspondrá por su sola virtud los Pirineos, y cuyo autor, distinguido catedrático, á quien por exquisitos miramientos no nombro, se declara como él dice, *letamendista* sin reservas ni distingos, por entender que de los gravísimos, maravillosos é inexplicados hechos en que, por propia experiencia, se ocupa, no hay más teoría científica posible que la que se desprende de mi doctrina fundamental.

Y para que usted vea lo que son las cosas: esa doctrina que, explicada *ix extenso*, la dan por incomprensible muchos doctos de los que dicen «nervios vasomotrices», como quien diría «el Emperatriz del Brasil», y escriben expontáneo con x (y no escriben *expejo*, *experanza* y *excritura* por misericordia de Dios), va usted, por ser quien es, á comprenderla en cortísimos renglones.

Restablecer el concepto fundamental hipocrático de la unidad individual del hombre, robusteciendo este concepto, y afirmándolo por modo rigurosamente científico, con todas las maravillosas conquistas del progreso moderno, proclamando como lema: *que el hombre es un solo ser, su cuerpo un solo órgano y su vida una sola función*; y exigir en consecuencia, como condición primera de todo estudio médico, el completo conocimiento del cuerpo y del espíritu humanos, cabal conocimiento que antes no se daba por falta de luces y hoy no se da por falta de ojos para reconocer esta necesidad; he aquí el tema que, contra el universal dictamen, sostengo; he aquí la clavellina ideal que en la maceta de mi cráneo cultivo desde mis estudiantiles mocedades y que hoy intento avivar al aire libre.

Y pues no dudo que usted, con la prontitud del rayo, se ha hecho cargo de ella y ha reconocido su trascendencia, permítame que, ya que desca envíe algo para las sesiones del Congreso, le ofrezca, no unos claveles arrancados de la planta, y á fuer de arrancados, muertos, sino un esqueje vivaz y fecundo de la misma, que podrá usted,

como buena andaluza, cultivar en su patio ó en su reja, y como lo cultive dará á usted la seguridad de cosechar cuantos claveles quiera, y á mi la confianza de que, al cuidar usted de él, le será más difícil desmemoriarse de mí que recordar la buena voluntad con que hoy se lo dedico.

Y he aquí el ofrecido esqueje:

Puesto que en el hombre todo es humano, todo participa de su nota ó condición racional, nunca los medios materiales de la actual Higiene bastarán, por sí solos, á resolver el gran problema de la *Antropo-cultura*, y, por tanto, sólo una Higiene genuinamente humana, integral, labrada sobre el concepto unitario físico-moral del hombre, podrá, por fuero propio, resolver dicho problema y cuantos secundarios en él se contienen y comprenden.

Ó, en términos más llanos: si el hombre lo es por la razón, y ésta tiene por ejecutoria el albedrío, la realización de la Higiene humana radica en la voluntad, y, por tanto, la educación de ésta constituye el problema fundamental de la Higiene así pública como privada.

Ó, en términos más sintéticos: hasta que aparezca un médico que se constituya en un Fröbel de los adultos, ni tendrá efectividad la Higiene humana, ni dará toda su utilidad el fröbelianismo de la infancia.

Hoy la Higiene humana, contando con iguales recursos que la veterinaria y la agrícola es, de hecho, inferior con mucho á éstas, precisamente porque esta misma igualdad de naturaleza le impide dar iguales resultados, siendo tan desiguales los sujetos.

Reflexionemos.—Nada más positivo en Medicina que las reglas de Higiene; para mí tengo que la Higiene es á la organización lo que la Matemática á la Mecánica: lo infalible. Pero lo infalible, ¿en qué?—En aquello que prescribe.—¿Y qué prescribe?—Aquello de que entiende.—¿Y de qué entiende?—Del orden material, único que desde Cartesio hasta Charcot han sabido enseñar los maestros, por ser lo único que han podido aprender cuando discípulos.—Pero ¿y la Psicología contemporánea? Vana quimera y broma de pésimo género, nacida de inquinas político-religiosas. Necio ó loco debe de ser quien, teniendo su alma en su almarío, anda hurgando en los sesos del vecino para reconocerla y estudiarla más auténticamente.

Llámesese eso en buen hora *psico-física*, ó ciencia de las relaciones entre lo *ánimico* y lo *somático*, y se habrá llamado por lo que es, que para eso se inventó el habla, y no para falsificar las especies.

Por lo que dice á la Higiene de los animales y de las plantas, nada más exacto y eficaz, nada más expedito.—¿Que andan mal alimen-

tados? Pues alimentarles mejor.—¿Que andan mal bebidos? Pues que se les aumenten ó se les desinfecten las aguas.—¿Que andan mal respirados? Pues que se les oreo la vivienda.—¿Que andan mal guarrecidos? Pues que se les abrigue y proteja de la inclemencia.—¿Que el conjunto rebaño desmejora? Pues que trashume.—¿Que el mal es individual y contagioso? Pues que aislen al atacado ó, para simplificar, que lo maten.—¿Que el mal es de herencia? Pues que se destruya el producto, se divorcie á los padres que le engendraron y se provea á más adecuado cruzamiento. Y por lo demás, al que de *niño* ó de adulto no ande derecho, palo ó pedrada en él por toda Catequística.

¡Ya ve usted, amiga mía, qué expedición! Y es que ahí, para todo un rebaño, aunque le compongan millones de cabezas, no hay más que una sola voluntad, única, irresponsable, que es la del ganadero. Ahí, cabras y carneros, caballos y toros, gallinas y cerdos (y no hay por qué añadir coles y espinacas), no son ciudadanos, sino unidades de *materia viva comercial*; ahí la autocracia del dueño resuelve de plano, ó de filo, las más vidriosas cuestiones de amor sexual, de lazo conyugal, de afecto materno, de patria potestad, de individual albedrío, de voluntad colectiva, con la misma frescura con que resuelve una cuestión de sarna ó de bacera; y pues ahí nada tiene limitación moral ni jurídica (pues todas las bestias del mundo, exprimidas, no dan de sí ni una sola gota de *jus juris* en el sentido de *derecho*, *justicia*, *razón*, por más que puedan producir muchas toneladas de *jus juris* en el sentido de *caldo ó salsa de lo que se guisa ó cuece*), todo al dueño le es patria, como suele decirse, y así decreta divorcios, incestos, adulterios é infanticidios como veniales trasquiladuras.

Ante estas razones, ¿podrá nadie, ilustre Patrocinio, afirmar que la actual Higiene humana está en sus quicios? ¿Habrà motivo para que se me tenga por preocupado ó por díscolo al negar terminantemente que la Higiene del hombre pueda, tal y como está constituida, realizar todo el bien que sus cultivadores anhelan cumplir y que hay derecho á esperar de aquélla?

Un elemento nuevo, irreductible por su condición autonómica á procedimientos materiales, surge de la naturaleza humana en la esfera de lo higiénico como en todo lo social. Este elemento es la voluntad, la cual, al determinar libremente el matrimonio, asintiendo jurídicamente á su indisolubilidad, y al dirigir por fuero propio la formación de la voluntad naciente de los hijos, influye de un modo íntimo y decisivo en la marcha de los procesos naturales del organismo.—Cuanto se acuerde, pues, á espaldas de ese factor fundamen-

tal; cuanto se proyecte en Higiene humana por la vía material, inhibiéndose de reducir este elemento moral á estudio y tratamiento higiénicos, ó no dará resultado, ó, á lo sumo, lo dará muy inferior al apetecido. Acerca de esto, usted sola, sin cooperación mía ni de nadie, puede en un santiamén verificar la prueba en el tristísimo cuadro de la realidad.

Llame usted á asamblea en su memoria todos los datos de propia experiencia que usted posea, y verá cuántos matrimonios concertados, á cuyo solo anuncio usted se horrorizó, imaginando la desdichada prole que sin remisión habían de arrojar al mundo; recuente el número de infantes y de adultos que ha visto usted morir de mal de herencia, formando muchos de ellos series de hermanos nacidos tan sólo para el dolor; evoque además el número y variedad de amigos y conocidos á quienes ha visto usted enfermar ó morir de mal que no les hubiera atacado—ó si atacado, no muerto,—á no haberle buscado, con imprudente y hasta irracional empeño, una voluntad ineducada ó torpemente dirigida en la infancia; y usted misma vea si me quedo corto al afirmar que, de la total suma de tribulaciones patológicas que pesan sobre el hombre, LAS DOS TERCERAS PARTES tienen por ocasión la herencia y los vicios de crianza, cosas ambas irreductibles en nuestra especie, sin la intervención de la voluntad.

«Me quedo corto», dije, y al repetirlo añado que me quedé cortísimo.—¿Quiere usted enfermedad más material en su causa que el cólera asiático? Pues de él podemos afirmar que, de crecer más educadas las voluntades, en ninguna población llegaría á causar más allá de cinco ó seis víctimas, las precisas para acusar la presencia del mal; porque todo el mundo conspiraría, *motu proprio*, á atajarle. Sólo por el terror de unos, la negligencia de otros y la rebeldía sistemática de todos á cumplir *las más elementales* reglas de Higiene privada y pública, es decir, por claudicaciones de la voluntad, tienen lugar las espantables mortandades de todos conocidas.—Las epidemias llamadas por los alemanes *Hausdemien* (terminacho bárbaro, mezcla de griego y tudesco, que quiere decir *epidemias caseras* ó de vecindad), descubiertas en sus orígenes hace pocos años, nacen casi todas de imprudencia temeraria, de egoísmo ó de mala voluntad.—Y saliendo de las epidemias por infección, para fijarnos en las neurosis, ¿en dónde está la fábrica de tanto loco, de tanto cerebro desahogado, reblandecido ó exhausto, sino en la herencia, con cargo á la mala dirección de la voluntad en los progenitores, ó bien en la falta de dirección de la voluntad propia, huérfana ó descaminada, por culpa de aquéllos, á la hora de formar la de los hijos?

Y, pues, como usted ve, yo no me fijo en la naturaleza ó causa propia de los males, sino en su ocasión—lo cual es muy distinto,—resulta asombrosa, por este concepto, la proporción de casos de enfermedad y muerte prematura *ocasionados* en la especie humana por imperfecciones, concupiscencias, aberraciones, desidias y sublevaciones de la voluntad.

Cuanto á la discreción y miramientos guardados en el concierto de matrimonios, la barbarie es mayor cuanto más elevado el rango de las personas puestas en estudio. Allí brillan, por su ausencia, el sentido moral, el sentido estético y el sentido común, es decir, aquellos sentidos por los cuales somos personas.

En la resolución de tomar estado, apenas nadie tiene en cuenta la resultante probable ó segura de la naturaleza de los posibles hijos, dada la condición orgánica de los futuros cónyuges. Lo único á que se suele atender es á la propia é inmediata conveniencia. Esta conveniencia revélase en una de estas dos formas, á cual más desdichada para la futura prole, y son á saber: una, la sed de caudal que se satisface á todo trance, aunque el novio ó la novia sean un verdadero costal de escrúfulas, ó cosa peor; otra, la neurosis aguda, llamada enamoramiento ó pasión, impulso sensual muy distinto del racional afecto, y que suele nacer de aberración estética y acabar en trágicos desencantos. Jóvenes hay que pasan indiferentes junto á una gallarda señorita, émula de la Vénus de Milo, asistida de perennes gracias y sana fecundidad, y la dan por disputarse desatinadamente una mirada ó un nardo de una niña casi *metafísica*, por lo descarnada, verdadero sarmiento candente envuelto en crespones de amianto, capaz de incendiar y reducir á cenizas al fuerte Hércules; pero incapaz de dar al mundo más que *borradores de hijos* que no habían de lograr poner en limpio Esculapio é Hygiea, bajados del Empíreo para solo ello.

Además de que las jóvenes, por su parte, vista la insensatez de nuestros galanes, tiran por mil estrafalarios artificios á adelgazar, á tal extremo que parecen mestizas de *coleóptero* y *neuróptero*, según andan de casi rotas por la mitad y pegaditas de codos, y no pudiendo ni queriendo remediarlo, se marchitan de cutis, sin que la pintarrajeadura lo disimule; de suerte que entre descarnadas y marchitas, más parecen criaturas de lance que engendradas de encargo para perpetuación y gozo de una estirpe.

En cuanto á niños, vale más no hablar de ellos; ya porque son á los padres lo que la consecuencia á las premisas, ya porque contrista y amarga recordarlos. Cuerpo de feto, cabeza de adulto y crianza

de fiera, he aquí los tres *desatributos* de gran número, muy grande, de niños en nuestros tiempos: quise decir que no tienen nada de niño, ni nada de bueno.

Vale, pues, la pena de acometer, con la grandeza y resolución de ánimo de que, tanto usted, ilustre Patrocinio de nombre y de hechos, cuanto los beneméritos Señores que han acudido á su llamamiento han dado muestras; vale la pena, repito, de acometer, después de la preparación debida, la trascendental empresa de fomentar los estudios médico-psicológicos acerca de la influencia fatal, ineludible é infinitamente múltiple y variada de la dirección de la voluntad sobre la salud física, para luego difundir bajo las formas, ora didáctica, ora recreativa, y siempre en el fondo edificante, los resultados de esa nueva literatura *higiológica*, sin la cual la Higiene humana resulta un libro riquísimo, sí, en datos, hechos y recursos materiales, pero del cual, por olvido, dejó de imprimirse y publicarse el capítulo primero y principal.

Y riase usted de los que todo lo resuelven por el *mens sana in corpore sano*, especie de gonfalon que aparece en inhiesto en todos los libros y todas las solemnidades de la Higiene. De creer es que los romanos *sabían bastante latín* para acertar á decir lo que querían decir, y no otra cosa; y si hubiesen pretendido significar que de la salud del cuerpo nace ó se origina la del espíritu, hubieran escrito *à corpore* y no *in corpore*. Esta leyenda, al par que la griega *Kal-lós kai ágathos* (bello y bueno) no es sentencia ni juicio, sino *lema* que expresa los dos términos que integran la perfección en la humana persona, sin que ni uno ni otro de estos lemas entre ni salga en lo de procedencia y procedimiento; y justamente mis clamores van derechos al procedimiento único para obtener *mentem sanam in corpore sano*, ó *corpus sanum in mente sana* (que lo mismo da); porque si toda la voluntad del mundo no es capaz de suplir los medios materiales de saludable sustento, no hay sustento, por adecuado que sea, que surta efecto, si no lo acepta y mide y utiliza una voluntad sana y discreta.

Una sola objeción pudiera dirigirseme con ciertos visos de seriedad, si no estuviera yo aquí para salirle al encuentro, mostrando cuán vacía está por dentro.—La objeción es que lo que yo pretendo no es Higiene, sino Catequística, y, por tanto, una invasión de atribuciones del sacerdote y del moralista.

Nada más infundado que esta suposición. Sin entrar en disquisiciones sobre las diferencias y concordancias entre la ley moral y la ley natural, acerca de cuyo punto tengo dicho cuanto es menester en

mi discurso *La Criminalidad ante la Ciencia*, bastárame, para destruir el argumento, consignar paralelamente las dos definiciones distintas que de la Educación han de dar la Higiene y la Catequística respectivamente.

Para el catequista, *Educación* es la inducción metódica de la voluntad de tercero á que obre liberalmente el bien por el bien mismo, según la Religión revelada lo enseña.

Para el higienista, *Educación* es la gimnástica indirecta del cerebro por la directa de la voluntad, para la salud del individuo.

En estas dos definiciones hay un término común: «Voluntad», y dos términos peculiares: «Religión» y «Cerebro».—Estos términos peculiares marcan la diferencia de jurisdicciones de la ley moral y la ley natural; el término común «Voluntad» señala el enlace armónico de ambas leyes.

—En la definición primera, la Voluntad es el sujeto;

—En la definición segunda, la Voluntad es el instrumento.

—En la definición primera, el fin es el servicio de Dios;

—En la definición segunda, el fin es la salud del hombre.

—La Catequística muestra la *bondad* de la Moral;

—La Higiene demuestra la *utilidad* de la Moral (no la *Moral utilitaria*, desacreditada ya en todas las esferas del conocimiento, por sus absurdidades).

—El médico es incompetente en materia de *dogma*,

—El sacerdote no pretende competencia en materia de *cerebro*.

—Pero ambos á dos deben ser competentes en materia de *Voluntad*, so pena de incapacidad técnica para sus respectivos propósitos.

Y como quiera que sin voluntad no hay virtud, y sin cerebro no hay voluntad, alguien debe cuidar del adecuado desarrollo del cerebro, como soporte material de todo; mas siendo imposible realizar una gimnástica *directa* del cerebro, y siendo posible, sobre todo en las primeras edades, la gimnástica cerebral *inversa* ó *indirecta* á favor de los estímulos de la voluntad, de ahí que la voluntad deba ser contada, aunque hoy no se cuente, en el número de los instrumentos higiénicos fundamentales, para que el médico, por fuero propio y competencia cabal y definida, pueda realizar por completo la alta misión que la sociedad le tiene confiada.

Médico, pues, y Sacerdote son competencias distintas; como distintas son la ley natural y la ley moral; aunque sus funciones sean armónicas, como armónicas son entre sí estas dos leyes universales.

Queda, por tanto, la objeción reducida á un nuevo motivo y ocasión de prueba de la legitimidad de la tesis que he sustentado.

Y al llegar al término de mi demostración no puedo menos de expresar á usted, mi buena amiga, el ferviente deseo de que tanto usted como el Congreso no desatiendan esta mi moción; aunque no para pasar desde luego á vías de hecho, por no ser esto posible.

La empresa es ardua y exige una voluntad como un templo y largos años de perseverancia; que no se ganó Zamora en una hora, ni se levantó el Escorial en tres semanas, ni suele cosechar las piñas aquel que siembra los piñones.

La grandeza de espíritu está reñida con toda pueril impaciencia, y el único deleite que Dios consiente á las almas superiores es el complacerse en *imaginar* el éxito ulterior de sus propósitos, éxito que no han de ver. De suerte que toda la traza del que vive para el bien de los demás, consiste en saber asistir mentalmente á sus propios funerales.

Y pues terminé, nada más tengo que decirle, señora mía y amiga, sino que Dios la ayude en su noble empresa y la depare cientos de colaboradores tan beneméritos y filántropos como los que hoy la acompañan, y que siempre que á usted se le ocurra oír ó leer verdades, rústicamente expuestas, acerca de las cosas de mi oficio y algunas más, disponga sin reparo alguno de este su admirador y nuevo amigo q. ss. pp. b.,

JOSÉ DE LETAMENDI.

Madrid 26 de Octubre de 1887.

PENSAMIENTOS

El *Kempis* ha de leerse como beben las gallinas: un sorbito al bebedero y una miradita al cielo; otro sorbito al bebedero y otra miradita al cielo, y así sucesivamente hasta el fin del espiritual ejercicio.



Sucede á los artistas, al dar á luz sus creaciones, lo mismo que á la mujer: á la hora del alumbramiento todo son propósitos y protestas de no reincidir, y luego... algunas salen á misa ya otra vez en cinta.



Pláceme el no tener hijos, porque el tenerlos es echar el V.º B.º á la creación, y ¡vive Dios! que el mundo es lo peor que he visto.

LA APARICIÓN DE RICARDO WAGNER

deducida de la naturaleza del arte teatral ⁽¹⁾

Madrid 25 de Noviembre de 1877.

SR. D. JOAQUÍN MARSILLACH.

Barcelona.

Estimadísimo amigo: Camino de esta corte, adonde, como tú sabes, me ha traído para breves días un empeño muy patriótico, que ha de redundar en beneficio de muchos, y que de fijo nadie me ha de agradecer, ocupéme en leer, con todo el interés que tus cosas en mí despiertan, el original de tu *Ensayo* sobre Wagner, que á mi salida de Barcelona me entregaste con tan viva instancia, para que cuanto antes te comunicase el juicio que de él formase, juntamente con el concepto que del ideal del gran maestro yo tuviese archivado en mis adentros.

No llevaba aún tres páginas de tu texto leídas, arrellanado en el vagón, cuando sin poderlo remediar solté la risa, pero tan sin humanos miramientos, que los dos compañeros de viaje que la suerte me había deparado volviéronse á mí, mirándose luego mutuamente,

(1) La lectura de esta carta por Ricardo Wagner fué motivo de que éste dirigiera al Sr. Marsillach la siguiente:

«*Bayreuth 26 de Septiembre de 1878.*—SR. D. JOAQUÍN MARSILLACH.—Estimadísimo amigo: Mi esposa acaba de leerme la traducción de la carta-prólogo del Sr. Letamendi á usted; quiso el destino que no me resolviera antes de ahora á proporcionarme este placer.

Con respecto al propio trabajo de usted, siento tener que quedarme por ahora en ayunas; habré de aguardar quizás que se haga una traducción francesa, puesto que yo, con poca aptitud para aprender lenguas extranjeras, no he hallado aún ratos de ocio para tratar de cerca el español, en especial Calderón, Lope de Vega y Cervantes en su idioma original. En mi modesta librería los tengo, aguardando la ocasión, que todavía espero, en que me sienta bastante libre para satisfacer mi ardiente deseo de conocer, en su peculiar forma de expresión, las obras de estos sublimes ingenios, que en la traducción alemana siempre me entusiasmaron. Aunque esto me ha sido imposible hasta el presente, sin embargo, puedo decir á usted que estas traducciones alemanas, por más que desfiguren el original, no dejaron de abrimme—dándome á conocer el carácter español—un manantial inestimable de profundísima al par que vasta sabiduría. Hasta creo poderle asegurar á usted que he penetrado en el espíritu de esos

como recelosos de mi cabal acuerdo. Y verás, querido Joaquín, qué cosa fué la ocasión de aquella hilaridad intempestiva. Que tú cultivabas la música, no lo ignoraba; que á ella te dedicabas con fruto, debía suponerlo, deduciéndolo de tu ejemplar aprovechamiento en mi cátedra, donde revelaste aquel conjunto de prendas intelectuales y morales bajo cuya influencia, ó no se emprende un estudio, ó se persigue con éxito. Mas lo que no se me hubiera ocurrido nunca jamás en la vida, es que pudiese darse el caso de que un estudiante de Medicina sometiese un trabajo sobre *alta música* á la censura, precisamente, de su profesor de Anatomía, pidiéndole su dictamen, no sólo acerca de la obra, sino que también (y esto es lo más inaudito) acerca del asunto que constituye el tema de la misma. Pues bien; esto, que no puede ocurrírsele á nadie, vino á ocurrírsele á la casualidad, cuya inventiva no tiene límites ni freno para combinar de las más inesperadas maneras el trato de los hombres y las corrientes de la vida.

He aquí lo que interrumpió la formalidad con que te leía, obligándome á soltar la risa, justamente en el punto mismo en que tu escrito despertaba en mi ánimo un interés muy grande y muy serio.

Y pues ya te he participado, amigo Joaquín, este episodio, que en conciencia no podía ocultarte, y estaba escrito en el libro del azar

grandes poetas españoles, quizás aún más profundamente que tantos otros como tienen la dicha de haber podido estudiarlos en su lengua nativa.

Lo mismo ha vuelto á sucederme hoy, al conocer á su grande amigo y maestro Letamendi, por la traducción alemana de su carta-prólogo: en ésta me está hablando el espíritu del gran Cervantes, del amable Lope. Ningún alemán, ningún francés ni italiano, ha podido, en su peculiar forma de conocer y de expresarse, causarme tan hondo y grato sentimiento de admiración como este sabio, sin comparación ilustrado y genial, á quien usted tiene la dicha de llamar «su amigo». No se ofenda usted si le hablo de mi asombro ante esta manifestación, no ya de mero interés, sino de esa que yo llamaría *plástica profundidad* de Letamendi. La carta de éste á usted, prescindiendo de que á mí se refiere, me da, para mi juicio total del porvenir en el tiempo y el espacio, una indicación que me complace en acoger como sublime esperanza del desesperanzado.

¡Benditos seáis vosotros los iberos, á quienes tan lejanos nos figuramos! Que se ensañe el destino contra vosotros, abrasando y consumiendo, abrumando y sofocando, no importa: abrigáis nobles espíritus, y una profunda cultura os defenderá de la falsa civilización y sus monstruosidades, que ahora parece haber asignado el dominio intelectual del mundo á naciones infinitamente menos bien dotadas.

Saludando á usted cordialísimamente, le ruego haga sabedor al Sr. Letamendi de mi profundo sentimiento de gratitud.

Suyo afectísimo, RICARDO WAGNER.»

que yo había de ser tu censor musical, sea en buen hora, y vamos á ello.

Lo primero que en vista de tu obra se me ocurre manifestarte, es el gozo con que veo no concentras toda tu capacidad, de un modo absoluto, al cultivo de la Medicina. Sin caer en el desatino de excitarte á ser un *Petrus in cunctis*, por ser esta la vía más segura de resultar un *Petrus inutilis*, es conveniente que el hombre en toda edad consagre *algo* de sus facultades intelectuales y afectivas á tal cual estudio ajeno al de su profesión, sobre todo al arte si es hombre de ciencia, y á la ciencia si es artista; porque de esta manera se logra evitar los varios y mortales vicios, así teóricos como prácticos, que nacen de llevar el especialismo profesional hasta el exclusivismo. El común de los médicos adolece en toda Europa de este defecto, y aun tratándose de algunos de los más celebrados; buena memoria tienes para no haber echado en olvido las cien y una críticas que en cátedra me veo obligado á hacer de absurdos anatómicos y fisiológicos demostrables, debidos al exclusivismo, á la estrechez de horizonte intelectual de renombrados escritores que los han sustentado. El anatómico que no es más que anatómico, el músico que no es más que músico, el Letrado que no es más que Letrado, el pintor que no es más que pintor, no pudiendo resistir la oclusión hermética de la atmósfera intelectual en que se encierran, sucumben como sucumbieran si se les aislase dentro de una campana, asfixiados por sus propias exhalaciones, por falta de renovación de aire respirable. Hipócrates y Miguel Angel, Galeno y Leonardo de Vinci, Descartes y Napoleón I, etc., etc., valieron lo que todo el mundo sabe por una razón que casi todo el mundo ignora, á saber: porque pusieron la Enciclopedia de su tiempo al servicio de su genio profesional. Al mismo Wagner, ya lo ves: si no han logrado sus émulos aplastarle, débese á que no es sólo un gran músico, digo mal, débese á que habiendo alimentado su genio con una ilustración de primer orden, ha podido resultar un gran músico; y esta misma amplitud de horizonte que le ha permitido intentar su reforma, le ha dado la fuerza necesaria para hacerse invencible. Al saber *no musical* debe, pues, Wagner la salvación de su honra y de su música.

Lo que la instrucción extra-profesional contrasta, rectifica y sublima las ideas y las prácticas; lo que por ella se prepara y asegura el éxito histórico, si no te lo sientes tú mismo por intuición; si no te lo hacen ver estas mal borronadas reflexiones mías, te lo hará bueno el estudio biográfico de todas las celebridades de primer orden que han influido en los rumbos del progreso humano.

Por estas razones, estimado Joaquín, no sólo aplaudo tu feliz excursión á los embalsamados oasis de la música, sino que por caridad te ruego que, conforme los ricachones destinan durante el verano uno ó dos meses al material viajar en busca de solaz y esparcimiento, no dejes tú nunca pasar el año sin destinar una razonable parte de él á algún viaje de espíritu, logrando de esta suerte que tu inteligencia, viendo más tierras, torne al templo de Esculapio con *más mundo*. Y sobre esto no digo más, confiado en la rapidez con que sabes tú comprenderme.

Del desempeño de tu obra te diré poquito, pues ya se te alcanza que amar no es poseer, y que, por lo tanto, de mi pasión por la música no me es lícito deducir que soy competente en ella. En cambio, lo poco que te puedo decir es terminante.

Creo que eres el primero que en España da formalmente á conocer el ideal de Wagner, la índole de su genio, el carácter de su personalidad, la historia de sus luchas y el fiel retrato de sus mecanismos. Los artículos amenos y eruditos, publicados hasta hoy en nuestras revistas literarias, han servido tan sólo como *hors d'œuvre*, ó rabanitos y anchoas para despertarle al público el apetito de un estudio de fondo como el tuyo. Opino que, en el juicio de las demasías de la escuela italiana y en los barruntos de los límites del wagnerismo, es muy difícil te supere en serenidad y madurez de apreciaciones, á pesar de tus pocos años, ningún escritor encanecido en la crítica, ni músico alguno aventajado en el *cémbalo*.

Tengo por consiguiente el inefable placer de asegurarte que, á mi juicio, el primer paso que en la literatura musical estás dando, es paso adelante y en firme, y que, si á tan viejo llegas como deseo, que reducido quedes á alma, huesos y pellejo, no te has de arrepentir entonces de haber dado esa obra á la estampa ahora. Pagarte puedes de este augurio; pues ya sabes cuán exigente soy, tanto con los demás como conmigo mismo, y cuán arraigada está en mí la opinión de que, por punto general, las primeras publicaciones de la juventud suelen trocarse, á la edad proveya, en motivos de remordimiento literario.

Finalmente, de la bondad de los principios, la marcha del razonamiento, la espontaneidad del estilo, la buena sombra de algunos dichos y la sal ática de varias caídas, he quedado real y verdaderamente satisfecho; salvo aquel pasaje en que, con tanto amor y tan olvidado de mi poquedad me citas, que al leerlo, francamente, sentíme un cierto calorcillo en las mejillas.

Quizás tu escrito dista un tanto de aquel rigor que el purismo li-

terario exige de la prosa castellana. En este particular no sólo me recuso á mí mismo como juez (porque á puro de escribir siempre lo que pienso, no suelo pensar mucho como lo escribo), sino que además creo oportuno en este punto repetir con el Redentor: «Quien quiera que se sienta limpio de culpa, que te arroje la primera piedra.» Desde el primer orador parlamentario hasta el más infimo *suelista* de *La Correspondencia de España*, ambos á dos inclusive, los literatos españoles contemporáneos suelen tratar sin gran miramiento el castellano, lo propio en voces que en giros, siendo escaso, escasisimo, el número de los que, como nuestro D. José R. de Luanco, saben sacar de la galana lengua de Cervantes, hoy asaz reducida de caudal, los recursos necesarios para mantener claro y castizo el lenguaje científico moderno. En la actualidad, por otra parte, el pensador que poseyendo buena gramática general, ó lo que me atreveré á llamar buen *estilo interno*, expone cosas útiles, ó buenas, ó nuevas, nunca se hace merecedor de vituperio en el orden literario, puesto que, si purista, ejerce un acto *conservador* y por lo mismo regulador del movimiento lingüístico de su patria, y si *progresista*, es decir, inculto y levantisco, como tú y yo, mas como tú y yo propenso á ir positivamente adelante, contribuye con sus contumaces demasías á preparar la *literatura franca europea*, preludio filológico, andando los siglos, de una lengua culta universal. Y no me preguntes qué es eso de la *literatura franca europea*, porque ello sólo formaría el tema de otra carta con puntos de cartapacio, como me temo va á resultar la presente.

En suma, querido Joaquín, cultivar amoroso trato con los clásicos y preceptistas de nuestra sonora lengua, bueno es: si puedes no dejes de hacerlo; empero te encarezco no olvides que cuando Cervantes escribía «*mal grado* su turbación» «con *ambas las manos*» y otras frases por este tenor, que después se han hecho castizas, *cometía sendos barbarismos* y que, por lo tanto, en materia de lenguaje, al igual que en trifulcas de política, lo que ayer mereció deportación por subversivo, mañana ejercerá autoridad con humos conservadores; y ante estos desengaños, créeme, haz lo que puedas, sí; pero como alcances á pagar religiosamente tus subsidios obligatorios de bondad y novedad de fondo, legitimidad de razonamiento, frescura de estilo y riqueza de expresión, no dejes de hacerlo, como resignadamente lo hacen hoy, sin la menor pretensión purista, los más fecundos escritores del orbe culto.

Aquí de mil amores diera, mi querido Joaquín, por terminada esta epistola sin más aditamento que las protestas y piropos que entre

amigos cordiales son de costumbre; puesto que si supieras el espeluznamiento intelectual que me va dando al pensar que debo contestarte la segunda de tus interpelaciones ó, en otros términos, que he de explicarte mi opinión acerca del ideal de Wagner, á buen seguro me relevarías del compromiso. Pero, ya que si conoces que lo hago mal daraste buen cuidado, porque me quieres, de no mostrar á nadie mi conato de parecer, ahí voy á borroneártelo con la confianza puesta en Dios y mis doctorales pretensiones en chancleta.

Atiende: para juzgar de la legitimidad de propósito de un reformador conviene parar mientes, antes que en la reforma, en la naturaleza y fines de la misma *cosa reformada*; es así que Wagner no se ha presentado como reformador de la música en sí, sino de la música teatral, luego lo que importa investigar es, ante todo, qué cosa debe ser el teatro; y si realmente lo que pretende Wagner representa la diferencia entre lo que la música dramática debe ser y lo que hoy es, ó en otros términos, lo que le falta á ésta para llegar á la plenitud de su desarrollo, Wagner tiene razón, buena es su idea y digno su nombre de figurar en la Historia como piedra miliaria del progreso teatral.

Del Teatro no se puede decir que es el *Templo de las Artes*, sino el TEMPLO DEL ARTE. Quédese la primera denominación para los Museos, los Conservatorios y demás sitios, donde las nobles artes se asocian, se agrupan; en el Teatro las Artes liberales hacen algo más que asociarse; en él se identifican; bien como en el astro solar se resuelven en una sola luz blanca todos los colores del arco iris.

Considerar que en el Teatro lo *pintado* es obra de la Pintura; lo *accionado*, de la Mímica; lo *cantado*, de la Música, etc., constituye á mi ver un viciosísimo punto de partida para juzgar con acierto, lo propio del teatro en sí, que de Wagner en relación con el teatro; en el teatro lo pintado, lo accionado, lo cantado, etc., son diversos *modos*, formas distintas del espíritu estético, del Arte único y supremo, el cual recibe allí su culto; y tan cierto es ello, cuanto que esas manifestaciones, lejos de presentársenos independientes y definidas, muéstranse, muy al contrario, confundidas y ligadas entre sí, como los colores del espectro, sin línea divisoria que autorice á individualizarlas. Fuera del Teatro, lo sonado es *Música*, como en una droguería un terrón de bicromato de plomo es un cuerpo *amarillo puro*; todo amarillo y sólo amarillo; en el teatro, empero, lo que suena es el Arte único y supremo en función ó *modo musical*, ligado por todo extremo, y fundido con las demás funciones ó *modos* del Arte mismo; bien como lo *amarillo* del espectro solar, verdoso por un extremo y ana-

ranjado por el otro, á fuerza de vivir compenetrado de los demás colores próximos, apenas si en la zona central muestra un espacio bien caracterizado de *pura amarillez*. Yo no sé si me explico; pero juraría que tú me entiendes, que es lo que importa.

Sólo presentándose en esta fuerza de unidad puede el Arte teatral, el Arte supremo, realizar la gallarda nobleza de su propósito: MORALIZAR DELEITANDO; ser un auxiliar de la Divinidad, y hacer del Teatro una sucursal del Templo, donde la sensibilidad, ese elemento casi brutal de nuestro ser, pueda ser catequizada, reconciliada con el bien, merced al único móvil que la cautiva, y que el templo no debe por su ascetismo esencial brindarle; más breve; merced al *deleite*.

Tal es la altísima idea que del Teatro tengo formada: un templo donde el Arte supremo, uno en su esencia, combina todos los *modos* de que es susceptible, á fin de movernos al bien, cautivando con la hermosura de lo bueno todos los elementos de nuestra naturaleza afectiva.

Alguien podrá objetarme que el Arte en su unidad de esencia y variedad de modos está presente asimismo en el Templo, y que en su seno y de la propia manera influye poderosamente en el hombre; más á esto replicaré, decapitando el reparo, que niego la residencia del Arte en el Templo. No hay Arte donde no hay hombre, y no hay hombre donde reside formalmente Dios. *En el templo todo artefacto es anónimo*: allí queda la obra desapareciendo el autor. En puridad estética, faltaría prosaicamente á la verdad quien sostuviese que tal ó cual iglesia es obra, ó está adornada de obras de tal ó cual artista: no es cierto. En el templo esta verdad es una mentira estética, porque allí sólo puede ser verdad la sublime mentira de que todo cuanto se manifiesta (excepto la plegaria, acerca de cuyas relaciones con el Arte habría mucho que decir) es manifestación directa de Dios mismo, y lo que es obra de Dios, bello es, porque no puede dejar de serlo; mas ni por semejas ha podido ser obra del Arte, del propio modo que el más hermoso crepúsculo, si puede ser fecundo motivo para un lienzo de inestimable valía, no es sin embargo un *cuadro*, no es obra de Arte, precisamente porque es obra del Creador y no de humana criatura.

Y he aquí la diferencia neta entre el Teatro y el Templo; éste, el Templo, es el lugar donde Dios se manifiesta con toda la hermosura propia de su presencia, el Teatro es el lugar en donde el hombre intenta lograr humanamente por el Arte la moralización de sus semejantes. Poco importa que el asunto sea mitológico; que como en los *Nibelungen* los personajes sean dioses; en el Teatro los Dioses sólo

tienen un valor antropomórfico y consiguientemente antropopático. De ahí que en el Teatro el Arte se presente más rico y variado en manifestaciones estéticas que en el Templo cristiano; puesto que al Culto cristiano no le está bien el deleitar, mientras que al Arte teatral, aunque se inspire en el Cristianismo, con tal que sea bueno el fin y honesto el medio, todo le es patria. Y lo que te voy diciendo es tan cierto, mi buen Joaquín, que, por poco que en ello te fijes, hallarás en posesión de un seguro criterio para discernir entre lo conveniente y lo abusivo que hoy se da en la parte estética de las funciones y solemnidades religiosas.

Ya tenemos que el Teatro, ni es el Conservatorio ni el Templo, y las razones por que no es ninguna de entrambas cosas. Bien se te alcanza que estas ideas no son las más corrientes, y en ello mismo viene ya entrañada la pertinaz oposición con que debe luchar toda reforma que propenda á elevar el Teatro desde *lo que es hasta lo que debe ser*. Y en vano se objetará que de no ser el Conservatorio ni el Templo los santuarios del Arte único supremo, no se deduce que sea el Teatro el sitio destinado á este peculiar objeto. Ante este rigorismo lógico, si tanto se me regatea lo razonable, bastará á convertirlo en evidente la simple consideración de la naturaleza del *asunto teatral* en sí mismo. Es el Teatro el lugar, y el lugar único, en donde se representa la *conducta humana rodeada de todos los motivos, así íntimos como exteriores, que en ella influyen*. Allí, pues, se nos ofrece el hombre con todos sus elementos fundidos en la unidad de su persona (carácter del personaje), y entre todos los *elementos de la naturaleza*, animados é inanimados, propicios y adversos, relacionados con él por un sistema de influencias tal, que se funde á su vez en la unidad de acción (base del argumento).

Y ahora pregúntese al más fornido y pendenciero sofista: ¿Puede esto ejecutarse por la simple agregación ó concurrencia de las diversas Artes liberales, tales como andan por esos mundos de Dios, divididas, recortadas como con tijeras, por la sola razón de la conveniencia de su cultivo y la mayor diversidad de resultados á que esa misma independencia se presta? ¿Será cosa de que aceptemos por bueno, natural y estético en el teatro *aquello* de las zarzuelas en que, después de media hora de declamación, sale el tenor diciéndole á la tiple, previos unos golpecitos de *battuta*: «*Espera, que te lo diré cantando*»?

Si en puridad el espectáculo teatral consiste en el transporte de un héroe á la escena, con todo el *terrón de mundo* necesario (ni más ni menos que como se trasplanta un rosal), á fin de que vea, no sólo lo

que le pasa, sino cómo y por quién y por qué le pasa lo que le pasa, y todo ello tan en su solidarismo, trabazón y unidad naturales, que no hay por donde pasar el filo de un cuchillo entre los dichos, los sentimientos, los gestos y el tono del personaje, la cabaña que le alberga, el traidor que á la sombra le está acechando; la naciente luna, que la tramoya dispone para legitimar aquella sombra y convertir el cuerpo del traidor en escultura; el pintado celaje del fondo, en que el astro majestuoso asciende; y el susurro de una mar, en parte vista, en parte oída; si toda esta fusión pretende el Teatro ofrecernos en espectáculos y nos le ofrece, ¿en dónde está la divisoria de las Artes puras, independientes, determinadas, libres, si todo lo artístico es en el Teatro fusión, dependencia, indeterminación y obligado enlace? Volviendo al primitivo simil, ¿los resultados artísticos teatrales constituyen simple agrupación, como los colores en la paleta preparada, ó compenetración íntima, hasta la fusión, como en el lienzo del cuadro? ¿Diremos que en el Teatro se representan las Artes como traídas cada cual de su laboratorio, ni más ni menos que los colores en terrón del escaparate de un droguero, ó como un infinitamente matizado espectro proyectado en la escena por la dispersión cromática de la luz blanca del Arte único y supremo, descompuesta al través del prisma de las conveniencias del asunto y de su fin moral?

Al llegar á este punto, querido Joaquín, ¿no te parece que ya la figura de Wagner empieza á diseñarse, aunque lejana, en los límites de estos razonamientos, cual allá en los confines del horizonte marítimo se nos ofrece vaga la silueta de un buque? ¡Vaya si se diseña! Déjale, sin embargo; no te preocupes de él, que como discurramos bien, él solo se irá acercando.

Quedamos, pues, en que, por prueba directa, resulta ser el Teatro el santuario del Arte único, debiendo admitirse en consecuencia, que los diferentes resultados estéticos de la Escena no constituyen *Artes distintas*, sino MODOS DIVERSOS de ese Arte único, á quien, por motivos de solemnidad de lenguaje, apellidé desde un principio ARTE SUPREMO.

La simple clasificación de estos *modos*, que voy á intentar, pone de manifiesto cuán distintos éstos son de las varias artes á que respectivamente se refieren.

En la escena, todo lo sensible se resuelve en HOMBRE y NATURALEZA, lo propio que en el mundo real, de quien la escena es completo trasunto.

Ahora bien; el Arte representa, de cada uno de estos dos elementos escénicos, las *formas* y la *acción*, es decir, todo lo estéticamente re-

presentable. La *forma* de la naturaleza la ejecuta el Arte teatral por su *modo pictórico*; pero de tal manera, que llega á suplir el *modo escultórico* en la mayor parte de objetos de competencia de éste, como son estatuas, frisos, mobiliario de segundo término, etc., quedando éste, el *modo escultórico*, reducido al mobiliario en ejercicio ó en uso real. Por otra parte, la *acción* de la naturaleza la ejecuta el Arte teatral por su *modo*, que llamaré *modo metaláctico* (debo inventar, chico, un vocablo técnico, porque lo necesito, como tú ves, y no le hay, para expresar el resultado artístico de la *tramoya* al servicio de los fenómenos naturales), siendo de notar que, por el mismísimo *modo metaláctico*, que produce truenos y rayos (pura acción), se proyecta la claridad, en dirección y grado convenientes, sobre los telones y bastidores, completando el efecto del *modo pictórico* é identificándose, por lo tanto, con él.

Este propio *modo metaláctico*, iluminando ó velando, según el caso, al personaje, nos le convierte en una escultura infinitamente variada á favor del *modo mímico*, enlazándose de esta suerte los *modos representativos de la naturaleza* con los *modos representativos del hombre*.

Estos últimos *modos* del Arte supremo ó teatral son ya más interesantes. —En primer lugar; en cuanto á la *forma*, el *modo indumentario* da por resultado *escultural* la cubierta inmediata del hombre ó vestidura, mientras que el *modo arquitectónico*, confundido y en su mayor parte sustituido por el propio *modo pictórico*, que al servicio de la naturaleza finge barrancos, mares y praderas, aparenta la *cubierta mediata* del hombre ó vivienda, desde la humilde cabaña hasta el más suntuoso de los palacios, erigidos por la imperial soberbia. Y por lo que dice á la *acción* humana, el *modo mímico*, compenetrándose con el escultórico, el *modo verbal* ó lógico con el mímico y el *modo tónico* ó musical con el verbal, completan esa inextricable fusión é intromisión de manifestaciones varias del Arte supremo, ideal y estéticamente único, cuya exclusiva residencia y corte, tribuna y santuario es, como ves tú mismo, el Teatro.

Al llegar á este punto ya no podemos perder tiempo: Wagner se va llegando á más andar; ya toma puerto y es menester que cuando llegue lo encuentre todo dispuesto.

Por de pronto, los enemigos del gran reformador no nos cogen de sorpresa. En vano se pretenderá imputar á Wagner la pretensión de reformar la *Música*. Las fugas de Bach y la jota aragonesa, las sinfonías de Beethoven y las canciones napolitanas se asociarán á nosotros para reírse de tan superficial calumnia. La Música, Arte definida, libre é independiente, sabe tan bien como tú y yo que los tiros

de Wagner no se dirigen á ella, sino al *modo musical* del Arte en el Teatro.

Pero dejémonos de anticipos; te he prometido sacar del estudio del Teatro mismo la razón de la Reforma wagneriana, y quiero serte fiel á mi promesa. Para ello fáltame contestarme la siguiente pregunta: ¿Qué significa el *modo musical* ó fónico y cuáles son sus relaciones con los demás *modos artístico-teatrales*? Para dar con la verdadera respuesta vayámonos un momento á fondo.

Procura sorprender á cualquier hombre, joven ó viejo, culto ó salvaje, en el ejercicio de la palabra, y notarás en su expresión tres cosas: la *idea* pura, el *tono* y el *gesto*. Estas tres cosas son tan inseparables, tan esenciales en el disparo del *verbo* ó *logos* humano, como el calor, el fulgor y el estampido lo son en el disparo de una pieza de artillería. *Idea, tono y gesto*, son los fenómenos integrantes del estallido de nuestra conciencia. Ninguna de estas manifestaciones es lujo, exuberancia, adorno; el hecho es espontáneo, natural y universal, y la naturaleza no conoce ni el lujo, ni el adorno, ni la pobreza, ni la avaricia, ni nada más que la *economía*, lo justo, lo debido en toda cosa. Por la *idea*, damos á *entender* lo que expresamos; por el *tono* y el *gesto* fijamos el valor de lo que decimos, dejamos entrever lo que callamos, logramos revelar lo que sentimos, é intentamos obtener lo que queremos. Esta riqueza de expresión *afectiva é intencional* del tono y el gesto, nacida de la espontaneidad con que brotan, y que la palabra, pura convención fonética, no puede en manera alguna ofrecer, permite á estos dos elementos erigirse por sí solos en lenguaje universal, logrando, aun á despecho de su vaguedad, servir á los hombres, por incapacitados que estén de mutua inteligencia lingüística, de medios para realizar los actos de relación más capitales, como ex. gr., amor, odio, terror, desdén, misericordia, amenaza, caridad, amparo, etc., etc. Muy grande empeño tendría Naturaleza en que, al pronunciar la palabra, no se nos quedase dentro el *cortejo de la idea* cuando vemos que para emitirle nos ha impuesto dos formas, *tono y gesto*, acompañatorias del vocablo y no una; de modo que, siendo ambas formas reductibles á movimiento, tenemos, sin embargo, en el tono un movimiento que nos entra por el oído, y en el gesto otro movimiento que nos influye por la vista; así que, como no te vuelvas ciego y sordo, quien te quiera persuadir siempre tendrá por donde escalarle la voluntad; con el tono si eres ciego y con el gesto, si eres sordo; sin perjuicio de que conservándosete cabales estos dos excelsos sentidos, te dé el asalto por entrambas brechas.

Para llegar á hacerse cargo de lo ligado que va á cada *expresión*

lógica ó verbal su *expresión tónica-mímica* correspondiente, recomiéndote un experimento que, con causar mucha risa, produce no poca instrucción. Es un hecho que el perro distingue fonéticamente la significación de nuestras palabras: pues bien, busca un *perro conocido*, y en tono y gesto de amenaza dile: «*Ven, León, toma un bizcocho*». Verás que escamado huye, ó dile en tono y gesto marrullero: «*Ven, León, ven, que te voy á romper las costillas*», y verás como luego se te acerca coleando de puro consentido. Si para este experimento no te satisface un perro, escoge un francés ó un ruso; pero pronto echarás de ver que el resultado no es tan limpio y terminante. Al contrario, si lo reiteras con un paisano tuyo, pero así, de *impromptu*, verás como su primer movimiento obedece sólo al *tono* y *gesto*, y gracias si en su preocupación luego advierte que la frase que le dirigiste no correspondía por su significado al tono y gesto con que le engañaste.

De todo esto se deduce que, en rigor, á cada *estado de conciencia*, corresponde, no sólo su palabra, sino también su gesto y su tono, y que por lo mismo, si estas tres cosas establecen la cabal expresión de cada estado de conciencia, claro es que deben en todo caso estar ajustadas á una precisa relación entre sí. (Y andemos listos, Joaquín, porque Wagner se nos viene encima.)

Analícemos rápidamente eso de «*á cada estado de conciencia*», porque en ello se encierra un capital interés. La palabra que en un momento dado emitimos, no constituye el total *contenido* de nuestra conciencia, pues en aquel preciso instante se rebullen en ella mil ideas, sentimientos, recuerdos y deseos más ó menos relacionados con el preciso valor de la palabra emitida; de suerte que, así como en el campo de la visión lo que *miramos* no es lo único que vemos, ni tan siquiera lo único á que *atendemos*, sino lo único en que fijamos el eje material de la visión, así también lo que *decimos* no es lo único que *pensamos*, ni tan siquiera lo único que en el campo del pensamiento nos *interesa*, sino lo único que disparamos por el cañón material de la boca. De suerte que del *habla* podemos afirmar: 1.º, que siempre lo que decimos mantiene una relación implícita con algo que callamos; y digo «mantiene», puesto que por más que la palabra salga, la idea dentro queda; 2.º, que pudiendo una misma idea ser emitida en dos ó más *estados de conciencia* muy diversos, será también muy diverso para cada *estado* el valor implícito de la palabra que expresa aquella misma idea. Así, por ejemplo, en cuatro estados distintos de tu conciencia puedes á quien te preguntare «¿Estarás mañana en casa?», contestarle «sí».—¡Cuidado si es soso y simple el vocablo! y no obstante, en un primer caso tu contestación será familiar, significando simple-

mente «*que sí*»; en un segundo será quizás irónica, y su valor equivaldrá á «*¡sí, ya te libraré yo de que me des otro plantón como el de hoy!*»; en un tercero podrá ser enfático, y su valor será «*estará, sí: para demostrarte que no temo tus interpelaciones*»; en otro cuarto caso podrá encubrir dolo y venir á expresar: «*sí, estará, á fin de tenerte apartado de la tuya, mientras mando saquearla*», etc., etc. Ya ves, pues, que este *sí* no concluiría nunca de sorprendernos cambiando sus relaciones con tu interior, en virtud de haber cambiado el *contenido de tu conciencia*, aunque siempre diciendo «*sí*»; siempre afirmando.

Mas no acaba todo aquí. Si cuando se dice «*el hilo del discurso*» se habla con cierta propiedad, faltaría gravemente á ella quien dijere «*el hilo del pensamiento*». Nuestra infatigable conciencia es una diestra hiladora que saca incesantemente de su rueca, no un hilo, sino una gruesa madeja de fenómenos morales; y como por nuestra boca no puede salir más que una *hebra* y tal cual *hilaracha*, y no tenemos más que una boca, es decir, no poseemos un órgano *panlógico* á guisa de peine de tejedor, que exhiba y arroje ordenadamente la madeja por entero, resulta que por más que el gesto y el tono permitan traslucir ó adivinar las hebras más inmediatamente relacionadas con *el hilo del discurso*, las demás quedan ocultas, y de ahí que *detrás* de la palabra del hombre siempre se proyecte un cierto fondo obscuro, vago, secreto, impenetrable *de lo que quizás calla y guarda en su conciencia*. Tomemos acta de este imponente misterio, pues es posible que el arte teatral posea elementos estéticos para revelarlo.

En definitiva: 1.º Distintas ideas exigen tono y gesto distintos; 2.º, una misma idea reclama tono y gesto diversos, si es diverso el conjunto de objetos intelectuales conmemorativos, afectivos é intencionales con quienes se relaciona en nuestro interior; y, finalmente, 3.º, en cada instante escénico, además de lo que podemos expresar, callar ó fingir, queda en nuestra conciencia un gran *remanente irrevelable* en aquel instante mismo por el lenguaje, ya porque no se puede, ya porque no se debe, ya porque no se quiere revelarlo.

Con toda mi alma siento, estimado Joaquín, haber tiranizado tu atención con estos detalles tan crudos y desabridos; pero era preciso barrer y poner en orden el alojamiento de Wagner mientras llegaba. Ahora ya he logrado mi objeto, ya el gran maestro está aquí. Recíbele y aposéntale tú, mientras yo me hago cargo de su equipaje.

Wagner vió que la *mímica*, ó el gesto artístico, llevada á su esplendor épico, constituía, alianzada con la música, el espectáculo *coreográfico*. Ni sus progresos, ni sus defectos le interesaron bastante. Sonriendo pasó de largo, pero vió que era posible un poema mudo.

Wagner vió que en la *Comedia* la *idea*, el *tono* y el *gesto*, cifran todo su punto en el realismo de la vida ordinaria. En ella reconoció el rudimento del espectáculo teatral completo que él barruntaba.

Wagner vió el *Drama*, y en él muy levantada ya la *idea* por un *tono* y un *gesto* verdaderamente selectos, y tomó acta de ello.

Wagner vió la *Tragedia*, y llamaron su interés el valor casi musical del tono declamatorio y la sublimidad clásica de la mímica. Aquí su genio se enardecíó.

Wagner dió un paso más: miró la *Ópera*, donde el *tono*, al par que en el poema coreográfico el *gesto*, rompe cual mongolfiero la amarra que lo sujeta y raudamente sube por los aires de la libertad artística; y, al verle de puro libre esclavo de los vientos, y próximo á perderse, intentó hacerlo otra vez cautivo, á fin de asegurarle una libertad razonable y perenne. El genio del artista-filósofo ardió en estro; en alas de su inmensa capacidad se echó á volar, y cogiendo el cabo roto de la amarra, lanzóse á gobernar el globo con heroico y diestro puño.

Y dijo Wagner: Aquí no hay más Música que el *modo musical* adecuado, ni más modo adecuado que la expresión de la conciencia de los personajes.

Aquí no hay más acción legítima que la epopeya, puesto que sólo ella legítima la conversión del tono verbal en música.

Aquí no hay que emplear el modo musical al servicio mutativo de los fenómenos de la naturaleza, no. Los truenos se remedarán como truenos; con rayos los rayos; la aurora con celajes, y las aguas de los torrentes con reales y verdaderos saltos de agua. La música sólo expresará (y harto tiene que hacer con ello) las emociones que el influjo de esos estados de naturaleza provocan en el espíritu; pues no es lo mismo pretender la ridícula puerilidad de imitar con la orquesta las retozonas nubecillas que matizan la aurora, que expresar el agradable sentimiento que en el alma despierta ese simultáneo retorno de la alegría, de la luz y de la pena del trabajo.

Aquí no hay música geométrica, esa música que, lejos de vivificar la palabra, la desvirtúa, cuando no la mata.

Aquí no hay para qué subordinar la *idea* á la música independiente; aquí no se habla porque se canta, sino que se canta porque se habla: por necesidad, como siempre; sólo que aquí se canta lo mejor y más poéticamente posible.

Aquí toda repetición y toda acomodación de un motivo al servicio de diversidad de frases debe quedar, en consecuencia, proscrita, como estéticamente intolerable. Y si, además, es ley del natural hablar el que una misma frase ofrezca distinto tono según sea su relación con

el conjunto del estado interior del personaje, proscrita debe quedar toda *repetición* música que corresponda á repetición de una *misma* frase en situación de ánimo *distinta*. Sea, pues, el hilo de la frase melodramática, al par que el hilo del recitado *que la engendra*, una serie infinitesimalmente variada de formas y matices; el ideal, en fin, de la recitación espontánea. «*Non bis in idem*» sea el lema del músico, por ser la ley ineludible del incesante rielar del alma en las inquietas aguas de la conciencia.

Y esto no basta. Con que el actor cante lo que *dice*, dando tono á la idea según su calidad, su intensidad y su entusiasmo ó valor intencional, no se ha logrado más que enderezar lo torcido, hacer bien lo que se hacía mal; empero no se ha logrado hacer lo que ni bien ni mal se hacía, como no fuese fortuitamente y con trazas de genial capricho por tal cual maestro en un destello de artística intuición.

Aquí hay una ORQUESTA que se concretará á acompañar. ¿Y qué quiere decir acompañar en el melodrama? ¿Consistirá por ventura esta acción en un mísero complemento armónico? ¿Estamos acaso en el terreno de la Música pura? No: la Orquesta no ha de concretarse á ser *acompañante*: puede ser y debe ser *concomitante*, es decir, no un inferior que guía el canto, sino un compañero esencial, un *alter ego* del canto: no ha de ir al cuidado de la palabra cantada, sino de *complemento* de ella. Si cada vez que emitimos una frase nos reservamos en el interior un sin fin de cosas, inexpressadas de hecho y que no se pueden expresar, porque nuestra boca no posee condiciones sinfónicas para arrojar ni manojos de ideas, ni grupos de tonos, ¿por qué no ha de ser la orquesta quien se encargue de *vaciar la conciencia* del personaje ante el público, de suerte que el espectáculo de lo exterior y visible de la acción se añada al de lo íntimo é invisible?

Sirva, pues, la orquesta para expresar el *cortejo de la idea parlada*; transparéntense á su influjo mágico las situaciones, los pensamientos, los afectos que se encierran en la cabeza y el corazón del actor; déjese que en buen hora la hija mienta ternura y obediencia á su padre, para mejor preparar la fuga con el amante; mas no se le consienta que engañe al público su real sentir, ni que, por dejar que éste lo adivine á favor del tono y la mímica de la frase, resulte impropio que no lo trasluzca el padre. Si los comediantes, aun de primer orden, viven condenados á eterno *amaneramiento*, por tener que señalar al público, faltos de orquesta como están, los sentimientos que deben ocultar á su interlocutor, posible es salvar de esta condena á los cantantes por medio de la orquesta facilitándoles la perfecta propiedad de la expresión escénica.

Por este modo llegará la orquesta á ser un elemento de carácter armónico moral, que vaya desenvolviendo la incesante y variada *sinfonía de la conciencia*, ora en el monólogo, ora en el diálogo, ora en el polilogo ó concertante y coro, en vez de ser, como hasta el presente, un elemento armónico material y arbitrario. En una palabra: así ofrecerá el melodrama, como novedad y sublimidad de expresión, el que mientras un personaje dice lo que habla, la orquesta diga lo que el personaje calla en cada unidad de tiempo de expresión. Desde este punto el melodrama será un espectáculo, no sólo *superior en grado á los demás, sino también supremo en categoría*.

Arduo es el propósito, tremendo, casi irrealizable; eso, Joaquín, es de evidencia inmediata. Wagner lo vió, consultó sus fuerzas, sintió-selas cabales para el éxito, y dando una mirada en torno suyo, exclamó: «¡Quien no pueda seguirme, que se dedique á la *Música!*» y emprendió rauda su carrera, alumbrándola con los resplandores de sus propios triunfos.

Tal es, querido Marsillach, en mi pobre concepto, la esencia y la base filosófico-estética de la reforma de Wagner. Ella ofrece al Teatro lo que le faltaba para elevarse de lo que era á lo que debe ser.

Wagner, aunque tarde y con gran pena, habrá logrado, más que fundar una escuela, fijar el *sistema definitivo* del arte melodramático. Este sistema tan sólo en el Teatro vivirá; pero llenará todo el Teatro.

De lo que ese hombre insigne debe haber sufrido, por los ataques de sus contemporáneos, fácil es formarse idea con sólo contemplar friamente la magnitud y novedad de su empresa. Mas tú verás cómo va á suceder lo de siempre. Los mismos que han pretendido derribar el tronco del árbol para hacer leña de él, no han descuidado saborear su riquísimo fruto, guardándose mañosamente sus pepitas para luego sembrarlas en la huerta propia y hacer pasar el plantel por espontáneo, como si fuera de ortigas. Y después de mucho gritar «¡muera!», cuando luego se muera de verdad, entonces no dejará el mundo de arrojarle un «¡viva!»... Á buen hora para él... Mas, ¡qué le vas á hacer!... «*Sic volvere fatal!*»

Ahora, adiós, pues acabo de legitimar por la Filosofía del Arte el advenimiento de Ricardo Wagner al mundo teatral; contigo le dejo para que le agasajes y presentes al público.

Concluyo esta epístola tan larga, si no tan sabia, como la del Apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo, suplicándote saludes á padre y madre, y cuides de tu físico, poniendo justa medida al trabajo. Repara que la muerte no pertenece á la escuela italiana; la muerte,

como los motivos de Wagner, no consiente *repetición*, y así queda deseando que por muchos años puedas contemplarla como *Música del porvenir* tu afectísimo, que espera pronto abrazarte,

LETAMENDI.

(Prólogo al *Ricardo Wagner*, de J. Marsillach.—Barcelona, 1878.)

PENSAMIENTOS

La inmensa mayoría de los criminales no monstruosos delinque por no haber dado proporcionada y útil aplicación á sus naturales aptitudes; de donde se deduce que si la Compañía de Jesús gobernara el mundo, la criminalidad tendría un descenso sorprendente.



Los hombres pequeñitos son de cuidado por tres motivos, á saber: 1.º, por reducción de la masa, de donde su carácter intenso; 2.º, por la poquedad de su peso, que los hace listos y rápidos; y 3.º, por la ira crónica de verse tan chiquitos, la cual los vuelve malignos.



Es el amor ropa blanca y sus discordias son coladas; y así, á cada colada, vuelve amor con más blancura, pero... con más desgaste en la tela.



¿Cómo habrá podido extenderse la sandez de que son insanos los matrimonios entre consanguíneos? Lo único insano es el matrimonio entre insanos; lo que Dios dijo á la primitiva familia humana fué simplemente: *creced y multiplicaos*; en otro caso, la infinita previsión del CREADOR hubiera añadido: *y mucho aceite de hígado de bacalao*.



En el seno de nuestro organismo pasa con los forasteros lo propio que en el seno de la familia: ¡con qué gusto se les recibe, y con qué gusto se les despide!



La ciencia matemática es un largo y tenebroso túnel, en el que entra en cueros vivos el sentido común para salir por el otro extremo de frac y guantes blancos.
